

# El contratiempo de Agustín.

*¿Alguna vez os habéis preguntado cómo nacen los cuentos? Puede ser muy difícil o tan sencillo como coger dos palabras y dejar crecer la imaginación...*

Fue un viernes 13, en el aula de un pequeño colegio, que un profesor llamado Evaristo comenzó como siempre su clase de Lengua y Literatura a las 9 de la mañana.

Parecía otro día más de escuela, pero tan solo lo parecía, dado que entre las paredes de esa habitación se daría vida a una nueva historia.

— Buenos días — se dirigió a sus alumnos, acto que hizo que todos se callaran y se sentaran en sus sillas.

— ¡Buenos días, profesor Evaristo! — contestaron los alumnos con alegría a su profesor.

Evaristo captó la atención de todos al sacar del bolsillo derecho de sus gastados vaqueros un arrugado papel tono vainilla, lo hizo cachitos pequeños y fue pasando entre sus alumnos repartiendo uno a cada uno de ellos, mientras una traviesa sonrisa desvelaba una clase de lo más curiosa.

— Hoy tendréis que escribir una palabra en ese papelito, lo primero que se os pase por la cabeza, puede ser cualquier cosa.

Tras pasar cinco minutos, el profesor fue recogiendo todos los papelitos y los iba depositando en una bolsa de papel. Se sentó como de costumbre en la mesa, y dijo:

— Ahora sacaré dos palabras. — Evaristo alargó la mano y cogió un papel aleatorio.

— Dragón, esa es la primera palabra, y la segunda... ¡collar! — hizo una pequeña pausa y siguió como si nada - Hace un tiempo ocurrió algo extraño y mágico con un dragón y un collar...

...

En un verde, remoto y misterioso bosque lleno de vida, donde habitaban todo tipo de animales fantásticos y plantas, resaltaba uno, un solitario y joven dragón, al que temían y despreciaban. De la cabeza hasta una cola larga y pesada, le cubría un manto de escamas color rojo fuego, donde descansaban dos pequeñas alas con espinas puntiagudas y afiladas. Pasaba sus días en uno de los montes más altos, en el cual escaseaban los árboles, las flores y la hierba, sólo había rocas y cenizas. Había estado solo desde que tenía memoria, y normalmente bebía del agua que dejaban algunas lluvias, el problema llegaba cuando el dragón tenía que comer. Al vivir en una zona tan alta, no crecían verduras, ni frutas, ni hortalizas, por lo que al joven dragón le tocaba bajar solo, sin compañía de nadie al valle... Él odiaba bajar a buscar comida allí, muchas veces prefería pasar hambre, ya que los demás habitantes le insultaban y trataban de echarle, esto él nunca lo entendía, asustado siempre regresaba a su casa.

Otro día más, el dragón decidió bajar al valle. Mirando a su alrededor pudo ver que algo brillaba desde una cueva, se acercó con mucha cautela, ya que no sabía qué podía ser. Descubrió que era un collar, no el típico collar que ellos hacían con hojas y florecillas, era de un material brillante, y tenía una margarita pequeñita pero no era de verdad. El dragón decidió guardarlo y continuar con su rumbo, sin saber cómo cambiaría su vida.

En el camino hacia el oscuro bosque del valle, el dragón se encontró con el resto de animales, y un día más, mientras buscaba algo de comida, todos empezaron a gritarle mientras le tiraban piedras.

— ¡Vete de aquí!

— ¡Eres malo!

— ¡Nos das miedo! ¡Fuera!

Una de las piedras le dio fuerte en la cabeza y salió corriendo con la poca comida que había recogido. A mitad del camino, escuchó a alguien cantar en mitad del bosque, y este, asustado, se asomó a verlo. Se quedó deslumbrado por su felicidad y por cómo cantaba, pero lo interrumpió al pisar una de las ramas que habían esparcidas por el suelo. El gnomo se asustó y se giró para verlo.

— ¡Hola! ¿Quién eres? — Preguntó el gnomo. El dragón se quedó muy sorprendido por la reacción de este, ya que todos se asustaban y le gritaban cosas feas. En este caso, el gnomo estaba esperando su respuesta con una gran sonrisa. Al ver que el dragón no le contestaba, el gnomo se acercó para recoger la comida que se le había caído al suelo. — Toma. — Le dijo.

— So-soy Agustín. - Dijo el dragón tartamudeando. Nunca nadie se había interesado por él, por lo que no sabía cómo actuar. - Muchas gracias por ayudarme.

— No tienes que darme las gracias. ¿Te encuentras bien?

— Bueno, me duele un poco la cabeza, hay muchos animales que me tienen miedo y me han tirado unas piedras... — Respondió el dragón cabizbajo. El gnomo se quedó sorprendido y acompañó al dragón para ayudarlo con la comida y curarle la herida.

Una vez en el monte, el dragón le enseñó al gnomo su casa, de apariencia fría y no habitada. Se encontraba en un lugar sin vegetación ni colores, parecía un lugar gris, sin vida. Al gnomo se le cambió la cara, no podía creer que este tuviera que vivir ahí solo. Le ayudó a dejar la comida dentro de la casa y comenzó a curarle la herida.

— ¿Y por qué te tienen miedo? - le preguntó incrédulo. Pero el dragón no lo sabía, él nunca había hecho nada malo, por lo que se encogió de hombros. - ¿Y cómo te diviertes aquí solo? - le siguió preguntando.

— No suelo hacer muchas cosas, leo o doy un paseo por el valle. También bajo a por comida cuando tengo mucha hambre. — respondió.

El gnomo no se lo podía creer y comenzó a dar vueltas por la habitación mientras bailaba y cantaba para hacer sentir mejor al dragón. Entre risas, el dragón se acordó de lo que había encontrado por la mañana. Sacó el collar que había guardado y se lo enseñó al gnomo.

— ¿Qué te parece? — preguntó el dragón. El gnomo se quedó boquiabierto mientras apreciaba ese reluciente collar.

— Es precioso, nunca había visto uno igual. — dijo acercándose para verlo mejor.

— ¿Quieres probártelo tú primero?

— ¡A mí me quedará gigante! — exclamó mientras reía.

El dragón, con miedo, decidió probárselo y, en un primer momento, no ocurrió nada, pero al cabo de unos minutos el dragón pasó a convertirse en un animal con manchas doradas, pequeñas orejas puntiagudas y dos cuernos cubiertos de marfil.

— ¡Agustín! ¡No me lo puedo creer! ¡Eres un hermoso ciervo! — exclamó el gnomo sorprendido. No se podía creer lo que acababa de pasar.

— ¿Cómo? — preguntó el dragón. El gnomo cogió al dragón de la mano y lo puso delante de un espejo para que pudiera verse.

— Pero, ¿cómo me ha podido pasar esto? — dijo abriendo mucho los ojos.

— Ha sido por ese precioso collar. ¡Ya no asustas a la gente! — se le ocurrió al gnomo decir. En el momento en el que el dragón escuchó eso, sintió un cosquilleo en la barriga de felicidad.

Cuando comenzó a hacerse tarde, el gnomo decidió volver al bosque con su familia. El dragón se quedó solo y se dio cuenta de lo aburrida que era su vida sin su nuevo amigo. Empezó a pensar en todo lo que le había ocurrido y, sorprendido y un poco asustado, imaginó una vida en la que todos los animales querrían ser sus amigos y podría bajar al bosque sin miedo de recibir insultos. Por lo que, a la mañana siguiente, el ciervo y el gnomo decidieron verse de nuevo para volver al bosque y así ver la reacción de los demás animales.

En el camino, se dieron cuenta de que todo tipo de criaturas les miraban sorprendidos, pero lo que realmente llamaba la atención de aquellas hadas, brujas y demás animales, era aquel pequeño ciervo. Nadie lo había visto anteriormente, por lo que todo el mundo quería hablar con él. Todos estaban asombrados por la belleza y simpatía de nuestro protagonista.

Muchos de los habitantes del bosque se acercaron a ellos, hablaron e incluso les invitaron a comer. Esta situación se repitió durante varios días, los cuales fueron maravillosos para Agustín. Este y su amigo el gnomo se volvieron inseparables, pero también hicieron nuevas amistades, incluso con aquellos animales que, repetidas veces, lo insultaron cuando aún era un dragón.

Al cabo de dos semanas, el ciervo se dio cuenta, que había un grupo de animales que no paraban de observar su collar y le decían:

— ¡Qué precioso collar tienes!

— Brilla mucho. Ojalá pudiese tener yo uno.

— Lo que más me gusta, es la preciosa margarita del centro.

Todos estos comentarios hicieron que el ciervo comenzara a pensar que la gente no le quería, y que no jugaban con él por su personalidad, sino por aquel collar que le hacía ser alguien diferente para los ojos de aquellos animales, aunque él seguía siendo aquel dragón rojo con escamas de color rojo fuego. Este pensamiento ponía muy triste al dragón, ya que él creía que había hecho muchos nuevos amigos y que por fin le querían por como era, porque no le tenían miedo.

Una noche, su peor pesadilla se volvió realidad. Un grupo de animales, entre ellos había un lobo, un cuervo y una serpiente, celosos y tacaños, quedaron para ir a la nueva casa del ciervo. Estos habían planeado robarle el precioso y brillante collar que

tenía en su poder. Entraron sigilosos a su casa y, entre la oscuridad de la noche, llegaron a la habitación del dragón, el cual estaba durmiendo tranquilamente.

— Vamos, quítale ya el collar. Nosotros nos lo merecemos más. — le dijo el cuervo al lobo más querido por la aldea entre susurros para no despertar al ciervo.

Dicho lobo procedió a quitarle el collar al ciervo sin saber lo que estaba a punto de pasar.

— Ya es nuestro. — dijo la serpiente con una sonrisa malvada. Pero de repente, el ciervo comenzó a moverse de una forma muy extraña debajo de la manta de la cama.

Agustín se despertó al escuchar unos ruidos extraños en su habitación, y creyendo que era un sueño, se levantó de la cama para ver qué estaba ocurriendo. Estiró sus patas y observó en su cuerpo de nuevo las escamas que tanto odiaba. No se lo podía creer. Casi sin abrir aún del todo los ojos y con legañas, se dispuso a mirarse en su espejo: había vuelto a ser el dragón de siempre.

Empezó a buscar como loco su querido collar por toda la casa, y al escuchar el fuerte silbido del viento, se dio cuenta de que la puerta de la entrada estaba abierta. Alguien le había robado su tesoro más preciado.

Al salir a cerrar la puerta de la casa, Agustín descubrió un camino lleno de huellas que atravesaban el bosque. Decidió seguir las para ver a dónde le llevaban y así poder recuperarlo. Las pistas sorprendentemente terminaban en la casa de uno de sus nuevos amigos. El dragón, decidió entrar para salir de dudas.

— ¿Hay alguien ahí? — Susurró Agustín con voz temblorosa.

Al no escuchar respuesta, decidió entrar.

— ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

— Soy yo, vuestro amigo.

— Nosotros no tenemos a ningún dragón como amigo.

De repente, al fondo, observa en una vitrina de cristal su collar.

— ¿Vosotros habéis sido los ladrones que entraron anoche en mi casa? Pensé que éramos amigos. Los animales, asombrados, no entendían qué estaba pasando.

— ¿No os dáis cuenta? — Interrumpe el lobo mientras se va acercando. — El ciervo dorado al que todo el mundo admira, es en realidad el temido dragón y este collar es el que le proporciona esa fantástica forma.

El dragón, empezó a llorar y a contarles cómo lo había conseguido y por qué era tan importante para él.

— Chicos, necesito ese collar. Es la única manera de sentirme querido y de no asustar a los demás, como me pasaba antes. Ahora, tengo que aprovechar esta ocasión.

Los animalitos, empezaron a darse cuenta: él siempre había sido el mismo. Solo cambiaba su aspecto físico y la aldea no le daba la oportunidad necesaria para conocerlo realmente.

Todos se abrazaron y juntos rompieron el collar. Por fin Agustín aprendió a quererse a él mismo sin necesidad de cambiar su físico para agradar al resto del mundo.

...

El silencio se había apropiado del aula.

— ¿Qué os ha parecido? — Evaristo no podía ocultar la satisfacción que lo invadía al poder ver el brillo de la emoción en los ojos de sus alumnos.— Pero más importante todavía, ¿en qué os ha hecho pensar? ¿Preferís ser dragón o ciervo?

— ¡Ciervo! — Se adelantó a exclamar uno de ellos.

— ¿Por qué querías ser el ciervo?— Preguntó el profesor curioso.

— Porque el ciervo era muy bonito y todos le querían. — Respondió convencido.

— Pero aunque era bonito, no se mostraba como era realmente, se comportaba como si llevara una máscara. Porque cuando no tenía el collar dejaba de ser bonito para el resto.

— Hizo una breve pausa para dejarlos pensar y siguió — ¿Sabéis qué? La realidad es que no importa cómo sea nuestro físico, sino que lo que realmente importa es cómo sea nuestra personalidad y cómo hacemos sentir a los demás, independientemente de cómo seamos y lo que tengamos, nuestro valor no depende de un collar, en este caso como el de Agustín. Además, muestra cómo las apariencias engañan y que no importa como sea una fachada, sino lo que hay dentro de ella.